

De El Alamein a Zem Zem

Keith Douglas

De El Alamein a Zem Zem

Prólogo de Agustín Díaz Yanes
Traducción y notas de Antonio Iriarte

Reino de Redonda

Título original: *Alamein to Zem Zem, 1946*

© De esta edición: Realm of Redonda/Reino de Redonda, S.L., 2012
c/o Agencia Literaria Mercedes Casanovas
Iradier, 24
08017 Barcelona

© De la traducción: Antonio Iriarte, 2012

Distribución: ÍTACA S.L.
Torrelaguna, 60
28043 Madrid

Primera edición: abril, 2012
ISBN: 978-84-936887-1-4
Depósito Legal: M. 12.262-2012

Composición: gama, sl
Impresión: thau, sl
Travessera de les Corts, 55, planta 2.^a - Local 5.º B
08028 Barcelona

Encargada de la edición: Carme López
Diseño de la cubierta:
Reino de Redonda, S. L., inspirado en la primera
edición inglesa (1908) de la novela
The Lost Viol, de M P Shiel

*Este vigésimo tercer volumen del Reino de Redonda
está dedicado a Jacinto Antón,
que parece pasarse la vida en compañía
de héroes frágiles como el joven autor de este libro,
y así nos deleita luego con sus aventuras*

EL EDITOR

Ride si sapis

Lema del Reino de Redonda

Índice

<i>Un tipo raro que iba a morir (Prólogo)</i> por Agustín Díaz Yanes	11
EL ALAMEIN	23
ZEM ZEM.	269
NOTA SOBRE EL AUTOR Y LA EDICIÓN por Antonio Iriarte	291
APÉNDICES	
<i>Appendix I/Apéndice I: M P Shiel's and John Gawsworth's Redonda/La Redonda de M P Shiel y John Gawsworth (updated/ puesta al día 2012)</i>	303

<i>Appendix II / Apéndice II: Jon Wynne-Tyson's</i> Redonda / La Redonda de Jon Wynne-Tyson (updated / puesta al día 2012)	317
<i>Appendix III / Apéndice III: Javier Marías's Redonda</i> / La Redonda de Xavier Marías (updated / puesta al día 2012)	323

Un tipo raro que iba a morir

(Prólogo)

La noche del 23 de octubre de 1942, una barrera de casi mil cañones del Octavo Ejército británico, al mando del general Montgomery, descargaba una tormenta de fuego sobre las posiciones del Africa Korps, con la intención de castigarlas duramente, ablandarlas lo más posible y abrir una brecha para un posterior ataque con infantería y blindados. Comenzaba la primera fase (Operación Lightfoot) de la que iba a ser una de las batallas más importantes y míticas de la Segunda Guerra Mundial: El Alamein.

Ocho días después, Keith Douglas, un jovencísimo teniente –veintidós años–, desertaba de su puesto en la retaguardia para incorporarse a su regimiento de blindados (los Sherwood Rangers), en esos momentos en primera línea de fuego. Estudiante de Literatura e Historia en Oxford, Keith Douglas ya había escrito y publicado varios poemas, alguno de ellos tan premonitorio como el titulado «Simplify me when I'm dead».

En su macuto, además de mudas y utensilios de aseo, llevaba una orden de incorporación a su regimiento falsificada por él mismo, un ejemplar de los sonetos de Shakespeare en la edición de Penguin, y recado de escribir. Por fin, después de dos años de destinos burocráticos, iba a tener la posibilidad de combatir. «Había cambiado –nos dice– una existencia imprecisa y general por otra simple y particular... y acaso corta.»

En su regimiento, quizá a causa del espíritu de club de campo que imperaba entre los oficiales de caballería, lo reciben con los brazos abiertos y sin hacerle preguntas. Inmediatamente, lo ponen al mando de una sección de carros de combate Crusader MK III: un blindado de tipo medio, de mecánica rebelde, blindaje insuficiente, poca potencia de fuego y propensión a estropearse en los peores momentos. En general, bastante inferior a los Panthers alemanes. A pesar de todos sus defectos, el Crusader gustaba a sus tripulantes, en especial por su baja silueta que lo hacía, así lo creían ellos, menos visible al fuego alemán que los más pesados y altos Grants y Shermans que también combatieron en El Alamein.

En los seis días que habían transcurrido desde el 23 de octubre, las fuerzas del Octavo Ejército se habían abierto paso, con muchas más dificultades de las esperadas, entre las defensas y campos de minas alemanes. Cumplida a medias la primera parte de su plan, Montgomery lanzó Supercharge: un ataque masivo para destruir al ejército de Rommel.

El Alamein no fue la batalla más importante ni más decisiva de la Segunda Guerra Mundial; Stalingrado,

Kursk y el desembarco de Normandía se disputan ese honor. Pero para los británicos El Alamein significó mucho más que una victoria. Por primera vez desde el comienzo de la guerra, las campanas de las iglesias repicaron al unísono en las Islas para anunciar y celebrar el éxito de las armas británicas y de la Commonwealth (además de los regimientos británicos, el Octavo Ejército contaba con divisiones australianas, indias y neozelandesas).

«Antes de El Alamein –dijo Churchill– nunca tuvimos una victoria, después de El Alamein nunca sufrimos una derrota.» Como casi siempre, sabía muy bien lo que decía.

Durante tres años, los ejércitos británicos y de la Commonwealth habían sido derrotados una y otra vez por la Wehrmacht. Aunque ninguno de los dos se atrevía a decirlo en voz alta, tanto Churchill como el general Alan Brooke, jefe del Alto Estado Mayor, empezaban a pensar que ni los oficiales ni el soldado británicos estaban capacitados para enfrentarse al todopoderoso y muy profesional ejército alemán. El Alamein vino a cambiarlo todo. Fue el fin de una pesadilla. Como suele ocurrir, el azar también jugó sus cartas.

Churchill, irritado y cansado de la mentalidad defensiva del comandante en jefe de las fuerzas de Oriente Próximo, el general Auchinleck, tomó la decisión –injusta para muchos historiadores– de relevarlo del mando. En su lugar puso a Alexander, su general favorito. Un soldado de bravura excepcional y un aristócrata en las formas y en el fondo. «En su comedor de oficiales –nos cuenta el futuro *premier* Harold Macmillan– la guerra se ignoraba muy educadamente, y la conversación giraba

sobre las campañas de Belisario, o sobre las ventajas de la arquitectura clásica sobre la gótica.»

Por debajo de Alexander, al mando del Octavo Ejército, Churchill eligió a Gott, un veterano de la guerra del desierto. En el vuelo hacia El Cairo para entrevistarse con su primer ministro, el avión de Gott fue atacado por Messerschmidts alemanes y derribado.

Alanbrooke propuso inmediatamente a Montgomery para sustituirlo. Había combatido a sus órdenes en la campaña de Francia y tenía una elevada opinión de sus cualidades como general de combate.

La llegada de Montgomery a Egipto lo cambió todo. Un profesional de la guerra, eficiente, puntilloso y maniático –no permitía fumar a nadie en su presencia, y en sus presentaciones obligaba a sus oficiales a toser antes de que él comenzara a hablar, para no ser molestado ni distraído en el uso de la palabra–, era también un extraordinario conductor de hombres, un planificador escrupuloso y un fanático de la preparación de sus tropas. También era un ególatra de trato poco menos que imposible: «Invencible en la derrota, insufrible en la victoria» (Churchill).

Nada más llegar a El Cairo impuso su estilo. No habría más retiradas. «Aquí nos quedaremos y aquí lucharemos –dijo a sus tropas–. He ordenado quemar todos los documentos e instrucciones referentes a posibles retiradas. Nos quedaremos aquí y lucharemos aquí. Y si no podemos quedarnos vivos, nos quedaremos muertos.»

Por fin, Churchill tenía un general que «quería luchar». Pero Montgomery, fiel a sí mismo, no se apresuró.

Consciente de la superioridad alemana en combate, se tomó su tiempo –para desesperación de Churchill, al que continuamente tenían que calmar Alanbrooke y Alexander– antes de lanzar su ofensiva. Se procuró una superioridad aplastante en artillería, carros de combate e infantería, y decidió que la batalla sería de desgaste y no de movimiento como le gustaba a Rommel.

Muy consciente del papel cada vez más importante de la propaganda, trocó su gorra de tanquista por un sombrero australiano que lo hacía muy identificable para las tropas que visitaba a diario. Para su deleite, empezó a ser conocido como Monty.

La batalla iba a ser también, así lo había decidido, un mano a mano entre Rommel, el general más famoso, más temido y respetado por sus tropas, y él, un general todavía desconocido. Estaba seguro –nunca le faltó confianza en sí mismo– de que la victoria sería suya.

En su caravana colgó un retrato del alemán y procuró que todo el mundo lo supiera. Predijo una lucha sin cuartel durante doce días y acertó, lo que contribuyó a aumentar su leyenda. La noche del ataque se fue a dormir a su hora de costumbre, y dio órdenes de que no se lo molestara hasta la mañana siguiente, tan confiado estaba, o aparentaba estar, en la infalibilidad de su plan.

Pero la batalla de El Alamein no transcurrió tal como Montgomery la había planificado. Sus tropas no alcanzaron los objetivos en el tiempo previsto. Se atascaron en los campos de minas y la ofensiva estuvo a punto de pararse. Tuvo que improvisar, aunque lo oculte en sus memorias. Lo hizo sin alterarse lo más mínimo, con la pro-

fesionalidad que lo caracterizaba y con su falta de tacto habitual.

Mientras Monty reconvenía a gritos la falta de empuje de alguno de sus comandantes y amenazaba con destituirlos, Keith Douglas, a bordo de un Crusader, entraba en combate. En sus ratos libres tomaba notas de lo que después sería el libro *De El Alamein a Zem Zem*.

Quizá por ser poeta, quizá por ser tan joven, quizá por ser inglés, Keith Douglas no escribió un libro más sobre la campaña del norte de Africa. Escribió el libro más cautivador y conmovedor que uno recuerda sobre un grupo de hombres en guerra.

De El Alamein a Zem Zem es un libro «pequeño» que trata sobre las pequeñas cosas de la guerra: la camaradería, la comida, la importancia de una taza de té, la ropa sucia, las relaciones entre oficiales y tropa, las lecturas, el paisaje, el desierto, el polvo, el calor y el frío; las moscas egipcias, que infectan las heridas convirtiéndolas en úlceras imposibles de curar, el enemigo, el miedo y, cómo no, la muerte.

Todo ello escrito sin afectación, sin un asomo de bravuconería. De una manera plácida, casi como si se tratara de un diario de viaje, interrumpido de vez en cuando por las escaramuzas contra las tropas alemanas, las tomas de prisioneros, el traslado de los camaradas heridos y la búsqueda de botín: pistolas Luger –muy apreciadas–, mantas y, sobre todo, comida.

Lentamente, como si entráramos andando en un mar en calma, vamos conociendo a los personajes que lo rodean, sus inferiores y superiores, sus camaradas de com-

bate: como el comandante apodado Sweeney Todd del que da esta descripción magnífica:

«Pero si tiene los defectos de su clase, también tiene las famosas virtudes inglesas de la tradición... Podría explicarte cómo se usa un hacha o un rifle, hablar de cosechas, deportes de sangre o ganadería durante horas, y siente un profundo amor por la campiña inglesa. Lo asustan la conversación intelectual, la música y la pintura».

Ya casi al final de la campaña, Keith Douglas cae herido al entrar por error en un campo de minas –los jardines del infierno los llamaban los alemanes–. Durante su recuperación, se entera leyendo un periódico de la muerte en combate del coronel de su regimiento, Piccadilly Jim, mientras se afeitaba de pie sobre la torreta de su carro, indiferente al fuego enemigo –muy propio de un oficial de caballería inglés–. Poco después, recibe la noticia de la muerte de más compañeros.

Héroes tradicionales –así los llama Keith Douglas–, y fiel a su estilo se despide de ellos con sobriedad:

«Ellos no lo habían conseguido, pero también para ellos había terminado todo.»

Dos años después, a la edad de veinticuatro, el ya capitán Keith Douglas desembarca con su regimiento en Normandía, en la playa Gold. Forma parte de las tropas británicas y de la Commonwealth cuya misión es tomar Caen. Una vez más, la profesionalidad y espíritu de combate del ejército alemán les juega una mala pasada a los aliados.

Atascados en los *bocages* de Normandía, las tropas comandadas por el general Horrocks sufren innumerables bajas.

El 8 de junio de 1944, en Tilly-sur-Seulles, un pequeño pueblo cercano a la costa, los Sherwood Rangers de Keith Douglas se enfrentan a las avanzadillas de la temible Panzer-Lehr División, que los castiga sin misericordia.

Antony Beevor, en su magistral *El Día D*, nos describe los últimos momentos del autor de *De El Alamein a Zem Zem*:

«Fue un día terrible para el regimiento –escribiría el coronel Christopherson en su diario–. Su escuadrón, que se encontraba en la Colina 103 perdió cuatro tanques. Uno de sus jefes de tropa murió en acción, al igual que su segundo al mando, el poeta y capitán Keith Douglas.» Douglas, que estaba reconociendo el terreno a pie, fue alcanzado en la cabeza por un proyectil de mortero mientras corría por una zanja para llegar a su tanque. Murió al instante. Había sido el tipo raro en ese regimiento de caballería. No cazaba, no era aficionado a montar a caballo y no mostraba interés alguno por las cosas del campo. En su poema sobre el regimiento, titulado «Aristócratas», o en otra versión «Caballeros deportivos», había escrito:

«¿Cómo puedo pues vivir entre esta amable,
obsolescente raza de héroes, y no llorar?»

El domingo antes del Día D había hablado con el capellán del regimiento, Leslie Skinner, de su más que probable muerte. Estaba preparado. Lo estuvo desde que se incorporó a filas. Siempre pensó que moriría en combate.

Sus restos reposan en el cementerio de Tilly-sur-Seulles, cumpliendo con el destino que él les había pedido en su poema «Simplify me when I'm dead».

Keith Douglas, veinticuatro años, veterano de la cam-

pañá de África, capitán y poeta, ya nunca más pudo emborracharse con sus camaradas de armas y soñar con ellos que «mañana nos montaremos en todos los vehículos que encontremos y recorreremos todo el terreno sobre el que los hemos derrotado, y recogeremos más botín del que hayamos visto nunca».

Para nuestro consuelo, sus poemas y su libro *De El Alamein a Zem Zem* le han sobrevivido.

AGUSTÍN DÍAZ YANES

El Alamein

No escribo sobre estas batallas como soldado, ni intento comentarlas en tanto que operaciones militares. Pienso en ellas –de forma egoísta, pero tal como siempre las recordaré– como mi primera experiencia del combate: y así es como hablaré de ellas. Decir que consideré la batalla de El Alamein como una orda-lía suena pomposo, pero sí que pensé en ella como una prueba importante, que tenía todo interés en superar. Observé estas batallas en parte como quien visita una feria: vale decir que en cierto modo pasé por ellas igual que uno de provincias asiste a un gran espectáculo, o un niño recorre una fábrica. El niño se fija en el brillo y la eficacia de las máquinas de acero, en las cintas transportadoras que dan vueltas y más vueltas sin cesar, sin importarle o saber para qué están ahí. Cuando conseguía ordenarme las ideas, buscaba cosas que tuvieran sentido más allá de las meras apariencias. Con todo, aún buscaba –no puedo evitarlo– algo decorativo, poético o dramático.

La geografía del terreno en el que pasé esos pocos meses me resulta ya tan imprecisa como si la hubiera aprendido en un atlas hace muchísimo más tiempo. Se me han desdibujado las fechas, y algún otro habrá aprendido las lecciones tácticas. Pero lo que sí se me ha quedado en la mente –una agitación de impresiones violentas– sigue del todo vívido. Sobre un telón de fondo de paisajes indeterminados de estados de ánimo y de olores, se agitan, negros y brillantes, los incidentes.

Tuve que esperar hasta 1942 para entrar en acción. Me alisté en septiembre de 1939 y, durante los casi dos años que anduve haciendo tiempo por ahí, nunca me abandonó la certeza de que la experiencia del combate era algo que debía adquirir. Con independencia de los cambios que se puedan producir en la naturaleza misma de la guerra, el campo de batalla es el sencillo escenario principal de la misma: es en él donde ocurren las cosas interesantes. Al anochecer, después del combate, solemos hablar de los hombres ricos y poderosos que provocan y dirigen las guerras. Tienen tantas razones propias que bien pueden permitirse prestarnos algunas. No hay nada raro en su actitud. Van detrás de algo que desean, o que sus gobiernos quieren, y nos usan para que se lo consigamos. Lo puede entender cualquiera: no hay nada inusual ni emocionante en la guerra desde ese punto de vista. Quiero decir, que puede que haya cosas que emocionen a financieros y parlamentarios, pero no a un poeta, ni a un pintor ni a un médico.

Pero sí resulta emocionante y asombroso ver a miles de hombres, muy pocos de los cuales tienen un atisbo

de por qué luchan, pasando penalidades, viviendo en un mundo antinatural, peligroso, aunque no del todo terrible, teniendo que matar y ser muertos y, con todo, a ratos conmovidos por un sentimiento de camaradería hacia los hombres que los matan y a quienes ellos dan muerte, porque están sufriendo y experimentando las mismas cosas. Es tremendamente ilógico: leer al respecto no puede transmitir la sensación de haber atravesado el espejo que siente el hombre que va a entrar en combate.

Llegué a Oriente Medio en agosto de 1941. De resultados de haber seguido un cursillo al que fui enviado por accidente, me encontré destinado fuera de mi regimiento, en un estado mayor de la división. Seguía queriendo entrar en combate, y probablemente miraba con impaciencia a mis colegas y superiores del estado mayor. Durante ocho meses, me esforcé honestamente por encontrarle sentido al trabajo que se me había asignado: en otras palabras, en intentar convencer al coronel y al comandante a cuyo departamento había sido incorporado de que me dieran algo que hacer. En el transcurso de los meses, la situación se reveló con absolutas sencillez y claridad. Mi tarea consistía en dar formación en camuflaje. Los oficiales del estado mayor «G», a las órdenes del general, eran quienes organizaban los programas de formación: invariablemente, olvidaban incluir el camuflaje. Al principio, cuando se lo recordaba humildemente, me daban la razón con ligereza y gran derroche de términos condescendientes; sólo el general se abstenía de llamarme «viejo amigo», aunque me daba

los buenos días con tanta urbanidad como el general de Siegfried Sassoon.¹

Después de ocho meses de relativa inactividad, no habiendo sido nunca una persona paciente, y detestando perder el tiempo, intenté reincorporarme a mi regimiento. No era posible: con el encanto y cortesía con que todos los miembros de un estado mayor hablan con el resto del mundo, se me dijo que era imprescindible. Toda objeción, cualquier afirmación de que sólo estaba derrochando dinero y combustible del gobierno, no les parecían sino convencionales muestras de modestia, equivalentes a decir «Sólo hago mi trabajo, viejo amigo». Los rumores acerca de la ofensiva crecían por momentos entre tantos oficiales en el ajo como había, o poco menos. Si no había ninguna otra forma de poder entrar en acción con mi regimiento, decidí huir en camión del cuartel general de la división y presentarme ante mi coronel. Pensé vagamente que todo podría arreglarse después. Planear algo así era el resultado natural de tener el tipo de mentalidad infantil que aún poseo. Unos años antes, hubiera podido querer escapar para hacerme pirata. Pero lo sorprendente es lo fácil que me resultó dar el plan por bueno y llevarlo a la práctica. Llevaba ocho meses sin entrenamiento mecanizado, y mi regimiento estaba equipado con tanques, cañones y radios que jamás había manejado y apenas había entrevisto en mi vida. Y parecía posible, e incluso probable, que mi coro-

1. Alusión al poema «The General» (1917), de Siegfried Sassoon (1886-1967). (*N. del T.*)

nel, quien me había reclamado antes de la batalla, no quisiera que un oficial sin entrenar se le uniera durante la acción y pusiera en peligro la vida de todo el mundo mientras aprendía los rudimentos de su trabajo. Si me rechazaba, estaba decidido a no regresar al estado mayor de la división, sino a conducir por la carretera costera hasta Alejandría, y de allí a El Cairo e Ismailia y luego atravesar el Sinaí hasta Palestina, para divertirme hasta que me capturaran y sometiesen a consejo de guerra.

La batalla de El Alamein dio comienzo el 23 de octubre de 1942. Seis días después, desobedeciendo directamente las órdenes, me puse en marcha para unirme a mi regimiento. A mi ordenanza lo entusiasmó esta maniobra.

–Me gusta usted, señor –me dijo–, va usted a por todas, y le importa un huevo.

Este elogio me resultó muy gratificante.

I

A los seis días de haber oído tronar en el horizonte, al oeste, la famosa barrera de artillería con la que empezó todo, me adelanté desde la retaguardia hasta la cabecera del ataque británico. Atravesando zonas tan activamente organizadas como un hormiguero (dio la casualidad de que dos días antes había estado leyendo la descripción de Maeterlinck de las comunidades de hormigas), fui siguiendo la pista bordeada de postes de señalización, de forma que, al llegar al lugar que me correspondía en toda esa actividad, había podido ver la disposición del ejército entero, casi demasiado grande para poderlo apreciar, lo mismo que le parecería el cuerpo humano a un germen que recorriera su torrente sanguíneo. Primero, los cuarteles generales de las mayores formaciones, enormes aglomeraciones de vehículos grandes y pequeños mirando en todas direcciones, banderas, postes con señales y números sobresaliendo del polvo. En las pistas principales, señaladas con toscas réplicas de un sombrero, una botella y una

barca, recortadas de latas de gasolina, los camiones surgían de pronto como barcos que hundieran sus proas en dunas de polvo y coronasen repentinamente las crestas como si fueran olas. Las nubes de polvo ocultaban sus ruedas todo el tiempo: con tanto tráfico, la arena normal se había pulverizado, convirtiéndose en una sustancia casi líquida, pegajosa al tacto, en la que se hundía uno hasta las rodillas al caminar. Todos los soldados lucían una máscara blanca de polvo en la que, cuando no llevaban gafas protectoras, los ojos destacaban como los de un payaso. Algunos llevaban anteojos, la mayoría los protectores oculares de celuloide de sus equipos antigás. Antes de que hubiesen recorrido veinte metros, los camiones y su carga tenían ya un uniforme color de polvo. Incluso con un pañuelo tapándole a uno la nariz y la boca, como los vaqueros, era difícil respirar.

El camión que yo conducía era un Ford de dos toneladas, un vehículo comercial pensado para la carretera, con un acelerador y una suspensión demasiado sensibles para pistas como aquéllas. Mis dos pasajeros y yo salíamos despedidos continuamente contra el techo y los lados de la cabina del camión, y otro tanto ocurría con nuestro equipamiento y pertrechos en la parte de atrás. El sol estaba saliendo a nuestra espalda. Hasta donde alcanzaba la vista a derecha e izquierda por encima de las dunas, se estiraban formaciones de vehículos y armamento de todo tipo, camiones de suministro de tres y más toneladas del Royal Army Service Corps (RASC),¹ talleres de cam-

1. Cuerpo del ejército británico responsable, entre 1918 y 1965, del transporte, despacho aéreo y suministro de comida, agua, combustible, y

pañña con enormes camiones grúa y cabrestantes, cañones de veinticinco libras y tractores de artillería, antiaéreos Bofors en sus fosas, con sus artilleros acostados junto a ellos, hogueras de gasolina por doquier, en las que las dotaciones de todo eso preparaban té y carne en conserva en latas de gasolina.

Lo miramos todo con mucho detenimiento, al no tener una idea muy clara de dónde podríamos encontrar el regimiento. Ni siquiera sabíamos entonces si estaban descansando o en plena acción. Caí en la cuenta de que, pese a llevar dos años en el Real Cuerpo Acorazado (RAC), no tenía ni idea de qué me esperaba. Tal vez porque he pasado mucho tiempo solo, me gusta hacerme una imagen de los acontecimientos por venir y repasarlos en mi mente. No conseguía recordar ninguna foto ni relato que me diera una idea clara de lo que podían ser unos tanques en acción. Durante las prácticas, habíamos ejecutado los movimientos según lo indicado por las banderas de señales de los jefes de sección. Nos habíamos entrenado para disparar en marcha, y para adoptar una vastísima formación en círculo perfecto por la noche. Pero la mayor parte de mi entrenamiento había consistido en conferencias sin ilustraciones: las pocas reminiscencias que había escuchado de boca de los que regresaban del frente en Francia o el desierto daban a entender que nunca se hacía uso de las maniobras que nos habían enseñado en el campamento, lo cual no me ilustró gran

de artículos de uso doméstico (como ropa) para el personal militar, a través de sus propios almacenes. (*N. del T.*)

cosa. Ninguno de nosotros habíamos tenido nunca muy buena opinión de las prácticas ni de las señales con banderas. Los noticieros cinematográficos –como pasaría después también con aquella mediocre película, *Desert Victory*¹– no permitían hacerse la menor idea de dónde se habían rodado la mayor parte de sus escenas de «acción». Hasta mi propio regimiento había movido sus tanques de un sitio a otro para beneficio de las cámaras.

Así que sintiéndome un poco como el alma simple recién salida de la mano de Dios, «*animula blandula vagula*»,² me dedicaba a contemplar todos los portentos de este paisaje, buscando entre las señales el dibujo del animal y número que identificaban a mi regimiento. Aún no las tenía todas conmigo de que no fuera a resultar una expedición fallida; el día siguiente bien podría hallarme yendo a toda velocidad carretera abajo hacia Palestina, al amparo de una orden de traslado falsificada en mi propia máquina de escribir. Había adoptado todas las medidas necesarias para ajustarme a ambas contingencias. Vestía camisa y pantalón corto caqui, planchado y almidonado una o dos semanas antes en una lavandería de Alejandría. Mi ordenanza, Lockett, un antiguo mozo de cuadra con el interés del jinete por los carruajes, caballos y arreos y el buen cuero, había sacado brillo al barboquejo y bruñido las chapas de mi gorra y cinturón has-

1. Película de 1943 sobre la campaña aliada en el Norte de África, dirigida por David MacDonald y producida por el Ministerio de Información británico a partir de filmaciones de noticieros británicos y alemanes. (*N. del T.*)

2. «Pequeña alma, blanda, errante», poema atribuido por la tradición al emperador Adriano en su lecho de muerte. (*N. del T.*)

ta que brillaban como soles, y el barboquejo como un trozo de cristal sobre terciopelo. Además de Lockett, en el camión venía un ajustador del cuartel general de la división para conducirlo de vuelta allí si Lockett y yo nos quedábamos con el regimiento.

El cañoneo, discontinuo como era, se oía ahora con más claridad: se podían distinguir los diferentes sonidos de las bombas. Las formaciones a uno y otro lado de la pista eran más de combate: había infantería descansando, artillería pesada y los acostumbrados antiaéreos ligeros. Aún pasaba algún oficial de enlace y miembros del estado mayor en jeeps y coches del estado mayor; a los jeeps, a menudo sólo se los distinguía porque la cabeza de sus ocupantes asomaba de entre la nube de polvo que los envolvía: pero el tráfico lo formaban mayoritariamente vehículos de suministro, que se desplazaban entre las unidades de combate y sus grupos «B» o de avituallamiento.

A los veinte kilómetros de nuestro punto de partida y a unos seis de la retaguardia del regimiento, encontré nuestro grupo «B» a cargo de dos oficiales a los que había llegado a conocer bastante bien durante mis pocos meses en el regimiento: Mac, un antiguo suboficial de los Scots Greys, ahora capitán, y Owen, un comandante; un tipo eficiente con un engañoso aire de adolescente, y de quien nadie sospecharía que era antiguo alumno de Eton. Resulta difícil imaginar a Owen en ningún colegio privado: cuando se lo mira, da la impresión de haber surgido, agrandado milagrosamente, pero sin ningún otro cambio por lo demás, de un banco manchado de tinta

en una escuela primaria pública. Tiene toda la pinta de llevar ratoncitos blancos en los bolsillos. Tenía que poner a prueba mi historia con esos dos.

Me inquietaba que la idea de haberme escapado para unirme al regimiento les pareciera absurda, así que empecé, de forma menos comprometida, por saludarlos y preguntar dónde estaba el regimiento.

—Unos pocos kilómetros camino adelante —dijo Mac—. Están fuera del fregado en este instante, pero esperan volver al frente en cualquier momento. ¿Vuelves con nosotros?

Le dije que eso dependía del coronel.

—Oh, estará encantado de verte —dijo Mac—. No creo que queden en pie muchos oficiales en la compañía «A»: tuvieron un mal día hace poco; yo perdí todos los vehículos esa misma noche en B1; le acertaron a un camión de gasolina, que iluminó toda la escena, y nos dieron de lo lindo con todo lo que tenían.

A pesar de estas sombrías noticias, me animó que Mac dijera que se me necesitaba, así que seguimos camino adelante hasta llegar al regimiento.

Los carros de combate y los camiones estaban apilotados juntos, y la mayoría de la tropa se afanaba en tareas de mantenimiento a su alrededor. Un espigado oficial de artillería al que nunca había visto me mandó al mismo camión de quince quintales que ya servía de oficina en el área de entrenamiento en Wadi Natrun. Me bajé del camión y me dirigí hacia allí, con creciente aprensión conforme se iba acercando esta entrevista final. De camino, miré a los soldados, pero sólo vi una o dos caras

conocidas: el personal de un regimiento cambia de forma sorprendente, incluso en ocho meses.

Busqué con la mirada a Edward, el comandante de mi compañía, y a Tom y a Raoul, que habían sido jefes de sección conmigo, pero no los vi. El coronel, elegantemente ataviado y con su acostumbrada indolencia en los gestos, me devolvió el saludo desde el interior del camión de quince quintales, donde estaba sentado con Graham, su asistente, un apuesto y amigable joven pelirrojo de Eton. Le dije a Piccadilly Jim (el coronel):

–Buenas tardes, señor, me he escapado temporalmente del cuartel general de la división, y me preguntaba si podría serle de alguna utilidad aquí.

–Bueno, Keith –respondió mientras se acariciaba el bigote, con aspecto de gato pelirrojo satisfecho–, estamos encantados de verte, como siempre. Todos los oficiales de la compañía «A» menos Andrew, están heridos, así que estoy seguro de que te recibirá con los brazos abiertos. Probablemente ataquemos mañana por la mañana, así que será mejor que vayas a que te asigne una sección ahora.

Tras intercambiar algunas cortesías más, me fui a buscar a Andrew y a recoger mi equipo. La tremenda cuestión se había resuelto, y de forma desconcertantemente abrupta y definitiva, tras ocho meses de esfuerzos baldíos por reincorporarme. Palestina quedaba muy lejos, y a escasos kilómetros al oeste, donde se había intensificado el cañoneo, estaban los ejércitos alemanes.

II

Encontré a Andrew sentado en una lata de gasolina junto a sus tanques: nos habíamos tratado antes, pero cuando alzó la vista al oírme acercarme, no me reconoció. No era joven, y aunque en esos momentos ejercía funciones de comandante interino y estaba a punto de entrar en combate con un tanque por primera vez en su vida, Andrew ya había prestado servicio en Abisinia, al mando de los mercenarios nativos que habían sido persuadidos de luchar por Haile Selassie. De Abisinia había ido a El Cairo, donde por virtud de ese proceso militar británico que penaliza a cualquiera que cambie de puesto, había pasado de coronel a comandante. Más tarde, había recalado en el cuartel y, estando sin trabajo, se reincorporó con su rango de guerra de capitán. En tanto que capitán había regresado al regimiento; no es difícil imaginar el estado de ánimo de un hombre consciente de haber hecho bien su trabajo y de no haber recibido a cambio más recompensa que verse degradado dos veces. Se encontraba además de segundo al mando de una compañía cuyo comandante en jefe había servido antes como subalterno a sus órdenes. Lo que pasó después probablemente fuera inevitable. La salud y el humor de Andrew no se habían beneficiado en absoluto del pésimo clima y condiciones de su última campaña. Alguien que lo conocía de antes —no era mi caso— me comentó que se marchó siendo un joven encantador y divertido y volvió hecho un soldado encallecido y amargado.

Era un hombre menudo, de pelo rubio canoso, sentado en una lata de gasolina mientras anotaba el celofán de su estuche de mapas con un crayón. Debido al sol y el viento, su tez estaba tan roja como un ladrillo, y tenía agrietada la piel de la nariz y los labios. Vestía una vieja camisa de franela gris del Ejército de la India, un par de viejos pantalones de pana y sandalias. Alrededor del cuello de color caoba llevaba envuelto y atado como un corbatín un pañuelo de seda azul, y se tocaba con una boina. Como suele ocurrirles a tantos antiguos soldados de caballería, no tenía ni idea de cómo llevarla. Me presenté ante él, resplandeciente –aunque algo polvoriento– con mis correspondientes gorra y cinturón.

Me asignó dos tanques como sección, al no haber bastantes en la compañía para formar subunidades de más de dos carros. Conduje mi camión con el equipamiento a bordo hasta uno de los tanques y procedí a descargar y ordenar mis posesiones. Lockett y yo las extendimos todas, junto con los tres sacos de raciones de emergencia del camión. El cabo anteriormente al mando de este tanque se marchó, tambaleándose bajo el peso de sus propias pertenencias, confinadas a duras penas en un bulto informe formado con el suelo impermeable de una tienda de campaña.

Mientras durase la batalla, Lockett se instalaría en el camión de suministros técnicos, donde tenía un amigo, y donde podría ser útil. Le confié la mayor parte de mis bienes: allí no se estilaba la forma de viajar que había cultivado en el cuartel general de la división. Me quedé la mitad de los tres sacos de raciones, cuyo contenido repar-

tí entre mis dos carros: representaba varias latas de *bully beef* [carne en conserva], naturalmente, una o dos de patatas blancas First American y algunos tesoros mayores, como latas de lonchas de beicon americano, y conservas de fruta y leche condensada. Cogí un par de calcetines limpios y llené uno con té y el otro con azúcar. Cambié mi gorra de plato por una boina, y me quedé con una bolsa de críquet pequeña con camisas, calzoncillos, lo necesario para lavarme y afeitarme y una edición Penguin de los *Sonetos* de Shakespeare. Enrollados en mi bolsa de viaje y colchoneta iban el uniforme de combate, mi revólver y un abrigo. En el bolsillo llevaba una petaca con whisky, y en la taquilla del lado del tanque, además de las raciones, guardé algunas latas de café NAAFI¹ y cubitos de Oxo que había comprado en Alejandría. Al contemplar y distribuir mis reservas, sentí la satisfacción de quien va a iniciar una expedición, o como hubiera dicho Barbet Hazard en semejante ocasión, un Viaje.² En cuanto hube terminado, me dediqué a trabar conocimiento con las tripulaciones de mis tanques.

Mi carro era un Crusader Mk. III, por entonces comparativamente nuevo para todos nosotros. Yo había estado una vez a bordo de un Mk. II, que tenía un cañón de dos libras y cuatro tripulantes, y que había sido sustituido

1. Acrónimo de Navy, Army and Air Force Institutes (Institutos de la Armada, Ejército y Fuerza Aérea), organización creada en 1921 para gestionar locales de restauración y recreo para las fuerzas armadas británicas, así como tiendas de productos diversos. (*N. del T.*)

2. Protagonista de la novela de éxito *The Voyage* (1940), de Charles Langbridge Morgan (1894-1958). (*N. del T.*)

por este tanque, con cañón de seis libras y una dotación de sólo tres hombres, ocupando el lugar del cuarto el mecanismo de la recámara del cañón. Es el tanque medio de mejor aspecto que haya visto nunca, con independencia de sus fallos operativos. Es de poca alzada, lo que en el combate en el desierto –de hecho, en cualquier combate de blindados– es una ventaja considerable. Le da, junto con sus líneas y su suspensión sobre cinco grandes ruedas a cada lado, casi la apariencia de una lancha rápida. Contemplar estos tanques campo través a toda velocidad nunca dejaba de ser emocionante. Nos levantó el ánimo muy a menudo, y estábamos muy orgullosos de nuestros Crusaders; aunque a menudo nos sobrarian motivos para maldecirlos.

De debajo de este carro en particular sobresalían un par de botas. Viéndolas, como aún no tenía la mente acostumbrada a la imagen como lo estaría en cosa de dos días, no se produjo la inevitable asociación de ideas. Emergió el resto del hombre, mascullando con monótono acento de Glasgow. Era un tipo pequeño, con cara de crío aparentemente malhumorado, Mudie de nombre. Durante las semanas que pasamos juntos, me pareció perezoso, permanentemente disgustado y un conversador de lo más entretenido. En combate no tenía mucha ocasión de hablar y solía callar incluso durante los descansos y comidas; pero en cualquier otro momento se despertaba hablando, como los pájaros al primer vislumbre de luz y mucho antes del alba, y seguía hablando en su invariable tono monocorde mucho después de anochecido. Era el conductor del tanque.